

01/06/2019

4 REGALOS DE PARTE DE DIOS PARA USTED (Parte1) 1 Pedro 5:10

El año viejo terminó y está comenzando el año nuevo. Esta es una nueva oportunidad para hacer las cosas mejor, para alcanzar las metas que no hemos alcanzado, para crecer en la fe y en el compromiso con el Señor. Este es el tiempo de la renovación.

Para este momento, ya debimos haber hecho una evaluación de nosotros mismos para saber qué cosas hicimos bien y qué cosas podemos mejorar. Ahora es tiempo de mirar hacia el frente; no podemos quedarnos atrás, ni para quedarnos disfrutando eternamente de las glorias pasadas, ni para lamentarnos por no haber logrado metas; ambas cosas nos pueden estancar. Aprendamos de los errores, pero es necesario dejarlos atrás, disfrutemos de las glorias en su momento pero no nos quedemos allí, vayamos por más. Entonces se hace necesario ver hacia el frente con una nueva actitud y una nueva perspectiva de las cosas; una actitud llena de esperanza, de optimismo, de fe, porque sabemos y confiamos que el Dios de toda gracia está con nosotros.

2018 fue un año de muchas alegrías, de muchos logros y de muchas satisfacciones para algunos, pero para otros fue todo lo contrario y no necesariamente porque no dieran su mayor y mejor esfuerzo. Algunos, este año que pasó, perdieron algún ser amado, o perdieron su trabajo a pesar de ser muy buenos trabajadores, algunos se vieron afectados en sus finanzas, otros tuvieron problemas personales, matrimoniales o familiares como nunca antes y no necesariamente porque fueran un mal testimonio; al contrario. Algunos pasaron por situaciones de angustia y dolor que les causó gran estrés u otra clase de daños físicos o emocionales, incluso, a algunos, hasta les afectó su fe.

No se quede estancado o estancada, siga adelante con la mirada puesta en el Señor que, al final, Él le dará la victoria. Sea que fue un año de satisfacciones, o sea que fue un año de angustias, haga planes para este año nuevo, e involucre al Señor en cada uno de ellos. Su Palabra dice: *“Pon todo lo que hagas en manos del Señor, y tus planes tendrán éxito”* (Prov. 16:3). Este año que comienza renueve su actitud, renueve su alma, acérquese a Cristo como nunca antes lo había hecho, mucho más de lo que antes lo había hecho y verá la diferencia. Dios tiene preparado algo

muy especial y hermoso para nosotros y no me refiero al cielo que será la gloria de todo lo que Dios nos tiene preparado; pero me refiero a algo que Dios tiene preparado para usted y para mí aquí en la tierra, claro está, si podemos creer y si nos mantenemos firmes en la fe.

Mire lo que pasaba el pueblo de Dios en tiempos del Apóstol San Pedro y entenderá por qué le digo que, a pesar de los dolores, las angustias y desesperaciones que haya tenido el año pasado, mire hacia adelante con una actitud renovada; una actitud optimista y llena de fe.

El pueblo de Dios estaba pasando por una angustia terrible porque eran expulsados de las sinagogas, como les había advertido el Señor, les quitaban sus trabajos, y sus propias familias, familiares y amigos los rechazaban y cortaban toda comunicación con ellos, por el “gran pecado” de haber confesado a Jesucristo como el Señor y Salvador. Pero la angustia no terminaba allí, porque además, eran perseguidos para ser azotados con látigos y hasta asesinados por traidores a la religión. Y no solo los judíos les perseguían, también el Imperio Romano y los griegos. Solo podemos imaginarnos el sentir de aquellos cristianos. Solo podemos imaginarnos su angustia, su dolor y su desesperación y, estoy seguro, en muchos casos, hasta la confusión que podría estar apoderándose de sus mentes y de sus corazones.

En medio de toda aquella mezcolanza de sentimientos, el Apóstol Pedro les da un mensaje de esperanza y pronuncia una bendición que hasta podríamos considerar como atrevida. Pero recuerde, Pedro está escribiendo, no de su propia opinión, no de sus propios deseos; Pedro está siendo guiado por el Espíritu Santo para escribir. En otras palabras, la bendición que pronuncia el Apóstol Pedro, es la bendición que Dios pronuncia a través del siervo. Esta atrevida bendición la podemos tomar para nosotros también el día de hoy. La bendición dice así:

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (v.10).

En los capítulos anteriores de su Carta, Pedro los ha animado para que se mantengan firmes en la fe, firmes en Cristo en esos tiempos de persecución, que son tiempos de dolor, tiempos de angustia y hasta desesperación. Ahora les dice que, si se mantienen firmes, Dios les tiene preparadas cuatro grandes bendiciones, de hecho, los cuatro regalos más

grandes después de la Salvación y del Espíritu Santo habitando en sus vidas. Esas cuatro bendiciones tan grandes y maravillosas, que son cuatro grandes regalos para ellos y, por aplicación, para nosotros también, son: perfección, afirmación, fortaleza y establecimiento. El día de hoy veremos las primeras dos.

Perfección. La palabra significa que se ha llegado a la cualidad máxima posible, que no se tiene defectos. En la Biblia se utiliza esta palabra, por ejemplo, cuando el Señor Jesús vio a Juan y a su hermano Jacobo y los llamó. La Palabra dice que ellos estaban *remendando* sus redes (Mt. 4:21 / Mc. 1:19) y *remendando* es la misma palabra que se traduce como *perfección*. Es decir, las estaban arreglando para que estuvieran en las mejores condiciones para el servicio. También se utiliza esta palabra como para decir que ya se ha terminado la enseñanza y se ha alcanzado el grado máximo; es decir, que ya se está preparado, listo para el servicio. Esto lo vemos cuando el Señor Jesús dijo: *“El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro (Lc. 6:40).*

Perfección significa entonces que Dios nos ha tomado en sus manos para “remendarnos”, es decir, nos está arreglando, nos está corrigiendo nuestras imperfecciones y nos está preparando para el servicio. Significa también que nos está enseñando cada día más y más, pues Dios quiere que seamos como nuestro Maestro, el Señor Jesús. Ese es su objetivo en nosotros como nos dice el Apóstol San Pablo: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29).* Podemos darnos cuenta de que Pablo da por hecho que así será. Pablo también le escribió a la Iglesia en Éfeso así: *“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13).* Ese es el objetivo de Dios con usted y conmigo y créame, Dios no descansará hasta lograrlo.

El Apóstol Pablo dice además que somos “hechura de Dios” (Ef. 2:10). De la palabra *hechura*, en griego, se desprende la palabra *poema*. Un poema es una obra de arte, una obra perfecta. Eso es lo que Dios está haciendo con nosotros. Pero, usted tal vez puede decir: *“yo no me siento perfecto”*. No se preocupe, eso es porque Dios todavía no termina con usted. Déjeme citar una vez más al Apóstol Pablo, él también dice que *“...el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de*

Jesucristo (Flp. 1:6). Dios todavía no termina con usted ni conmigo, si en verdad Dios inició su obra en usted y en mí, es decir, si en verdad estamos en Cristo, si en verdad le hemos entregado nuestras vidas a Él. Créame cuando le digo que Dios no deja obras inconclusas ni hace obras malhechas, imperfectas. De hecho, el Apóstol Pablo también dice que el sacrificio de Cristo nos hizo perfectos (*Heb. 10:14*).

Todo esto es para dejarle ver que Pedro y Pablo dan por hecho que Dios completará esa obra en los suyos. Créalo, porque creer lo contrario, sería lo mismo que creer que satanás y el pecado tienen más poder que Dios cuando en verdad se es hijo de Dios. Sería como creer que satanás puede arrancarnos de las manos de Dios cuando le hemos entregado nuestras vidas a Él. Ahora somos propiedad de Dios, comprados por precio (*1Co. 6:20; 7:23*), con la Sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ¿Se dejará acaso vencer Dios por satanás?, ¿se quedará indiferente sin hacer nada?, ¿abandonará a los suyos, a los que son de su propiedad?, ¿podrá más el pecado que Dios? De ninguna manera, Dios jamás dejará que le arrebaten lo que le pertenece. Dios jamás ha perdido ni jamás perderá una batalla. Entonces el creyente en Cristo tampoco perderá, precisamente porque está en Cristo.

De hecho, los sufrimientos, los dolores y las aflicciones que hayamos tenido el año pasado, solo nos pueden servir para fortalecernos. Si Dios los ha permitido es porque nos está preparando para algo muy grande. Así es que tenemos que dejar todo lo malo atrás, no estancarnos en el pasado, ni en lo malo del pasado; más bien, debemos mirar hacia adelante con los ojos puestos en el Señor Jesucristo quien es el autor y consumidor de nuestra fe (*Heb. 12:2*). Debemos seguir mirando hacia adelante y nunca rendirnos sabiendo que Dios nos está preparando y algo muy grande va a hacer *en* y *con* nosotros. Pero Dios todavía tiene más.

Afirmación. La palabra afirmar significa poner firme o dar firmeza. Piense por ejemplo en los grandes árboles. Estaba leyendo un artículo que decía que algunos como la secuoya, pueden vivir hasta cuatro mil años; otros, 600; también los hay de 500, 300 y 100 años de edad. Estos árboles tienen algo en común: sus raíces están bien profundas y por eso han soportado durante todos esos años cualquier cantidad de inclemencias del tiempo y hasta desastres naturales. Pero ahí están, siguen firmes. La firmeza hace que aunque los fuertes vientos golpeen el

árbol podrán hacerlo tambalear, pero nunca arrancar porque tiene sus raíces bien profundas; entre más profundas sus raíces, más firme el árbol.

Me gusta el ejemplo del árbol porque el árbol produce oxígeno y reduce el dióxido de carbono en la atmósfera. El dióxido de carbono es útil para la vida, pero si no fuera absorbido por el árbol dificultaría mucho la respiración. Así también, Dios nos afirma no solo para echar raíces profundas que hacen que los golpes de la vida no nos arranquen la fe en Él, sino para producir oxígeno, es decir, para producir vida y producimos vida cuando predicamos el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo mostrando su amor en acción. Compare el dióxido de carbono con el pecado en cuanto a que dificulta el respirar; el pecado ahoga, mata. El Evangelio de Cristo elimina esa dificultad, esa molestia, ese mal.

El rey David dijo: *“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la Ley de Jehová está su delicia, y en su Ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará”* (Sal. 1:1-3). También dijo: *“El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la Casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes, Para anunciar que Jehová mi fortaleza es recto, y que en Él no hay injusticia”* (Sal. 92:12-15). En otras palabras, somos afirmados para florecer, para dar fruto en todo tiempo; somos afirmados para no secarnos en la fe, porque un árbol seco cae fácilmente, o es arrancado fácilmente. Pero también somos afirmados para que todo lo que hagamos prospere. Dios nos afirma en la medida que, como el árbol se alimenta del agua y del sol, también nosotros nos alimentemos de su Palabra y lo busquemos en oración; esto es echar raíces profundas en Cristo el Señor.

Conclusión.

Si el año que terminó no fue todo lo bueno que esperaba, aún si estuvo lleno de tristezas y dolores, aun así dele gracias a Dios. ¿Sabe por qué? En primer lugar, porque le permitió llegar al final del año; eso significa que Dios le sostuvo todo el tiempo, significa que no le dejó caer y no le dejó caer porque le ama. Pero también, dele gracias porque esas tribulaciones sufridas y esas pruebas por las cuales atravesó, significan que Dios le está preparando para algo grande.

A menudo, las grandes bendiciones de Dios vienen después del dolor, del sufrimiento y de la prueba, son un regalo de Dios que le dicen que Él ha estado *con* usted, *en* usted y *para* usted en esos tiempos difíciles. Las bendiciones de Dios son una recompensa de parte de Dios por su fe, por su entrega, por su servicio.

Dios le está perfeccionando y le está afirmando y ahora es el tiempo en que verá el resultado de eso que Dios está haciendo con usted. Todavía nos faltan dos regalos más de parte de Dios y nos falta ver el por qué nos enseña el Apóstol Pedro que podemos creer que semejante bendición nos espera con certeza. Pero hoy nos quedaremos reflexionando con estas dos durante la semana: perfección y afirmación. Así que si fue un mal año, no se desanime para nada, levántese, ponga su mirada en el Señor y espere sus más ricas bendiciones.

“¿Y qué para quienes tuvimos un muy buen año lleno de paz, gozo y prosperidad?”, alguien podría preguntar. Mi respuesta para esa persona sería, *“entonces alégrese y dele gracias a Dios porque seguramente fue su recompensa después de un año difícil y sígase manteniendo fiel porque todavía puede esperar mucho más de parte de Dios”*. Pero aún esa persona que tuvo un año lleno de éxitos hoy también aprendió que cuando venga el tiempo de la prueba, podrá esperar las más ricas bendiciones de Dios si se mantiene fiel y obediente a su Palabra. Amén... Vamos a orar...